M

uchos quieren reducir la evaluación del control interno a las verificaciones necesarias para los propósitos de una auditoría financiera. Sin embargo, es necesario insistir en la necesidad de vigilar la conducta de los administradores, como desde un principio ha sido el origen de la institución de la revisoría fiscal. Se trata de verificar si los gestores realizan un buen gobierno, lo que supone un adecuado control interno, que procure eficiencia de las operaciones, información razonable y cumplimiento de las disposiciones aplicables.

Nada tan abandonado, tan pasado por alto, como la evaluación de la eficiencia de las operaciones. Mientras este tema sea un fortín de los administradores, los socios minoritarios, los empleados y las demás partes vinculadas estarán desprotegidos.

Una de las principales fuentes de ineficiencia es la corrupción. Cuando los administradores y otros funcionarios se apropian de recursos de la empresa, esta tiene que hacer mayores esfuerzos para lograr sus objetivos de responsabilidad. Igual sucede cuando las empresas son extorsionadas para no ser agredidas. Desafortunadamente, la lógica capitalista hace que todos estos sobreprecios se transmitan a los consumidores.

Otra forma de ineficiencia es la falta de competencia. Son muchos los casos de procesos dispendiosos que hubieran podido ser más expeditos si hubiesen sido desarrollados por las personas adecuadas.

También hay que enfrentar la falta de diligencia. El desgano y el maltrato hacen que muchas ventas o contratos de servicios no se concreten o lo sean a regañadientes.

Así las cosas, la importancia de la contabilidad administrativa es mayúscula. A su vez, es indispensable que efectivamente el control interno procure la eficiencia de las operaciones, asunto que debe estar sometido al auto control, es decir, a la supervisión que el control ejerce sobre sí mismo, normalmente en manos de auditores internos. Finalmente, toda evaluación sobre el control interno debe examinar si efectivamente es adecuado para buscar la eficiencia.

El concepto de eficiencia puede ser fácil de plantear, pero no lo es medir el desempeño. Se requiere de indicadores que efectivamente sean convenientes y que puedan arrojar datos confiables. El conocimiento de la industria es fundamental para desarrollar medidas adecuadas.

En nuestra cultura todo resulta eficiente según los discursos que solemos elaborar para rendir cuentas o defender una gestión. Por lo general se callan los aspectos desfavorables y los que continuaron como si nada.

Tenemos también la costumbre de considerar bueno todo lo que hacen ciertas personas que son de nuestro agrado. La verdad es que estos y los que nos disgustan hacen cosas bien y mal. Tenemos que aprender a discernir, a contarnos los errores unos a otros y ayudarnos a solucionarlos.

*Hernando Bermúdez Gómez*